



Homilía Vigilia Pascual 2021
Obispo Sergio Pérez de Arce
3 de abril de 2021
Monasterio Religiosas Sacramentinas

Celebramos esta Pascua en medio de la oscuridad, no solo porque es de noche, sino porque vivimos un momento especialmente difícil de nuestra historia:

- La pandemia duraría 3 meses, pensábamos hace un año, y ya llevamos más de 12 meses y está en su pick, causando estragos en contagios, muertes y cansancio. Casi no hemos hablado de otro tema durante un año y la disposición para colaborar con las medidas sanitarias es más bien baja.
- Las secuelas de la pandemia, por otra parte, son y serán grandes: en la economía, la educación, en la salud mental, creo que también para la vida de la iglesia.

Hoy somos más pobres y estamos más cansados y enfermos. Nuestro presente tiene más de pasión que de resurrección. Y, sin embargo, en medio de todo esto, celebramos el triunfo de la vida sobre la muerte, de la esperanza sobre el desaliento, de la luz sobre las tinieblas. ¡Es Pascua, Cristo ha resucitado!

Pero esto no es magia, no soluciona las cosas en forma espontánea, no cambia repentinamente la pesadez del momento presente. Y, sin embargo, siembra una luz en medio de la oscuridad, abre un camino en el abismo, deja ver una rendija de esperanza. ¿Por qué? Porque el Crucificado no se queda en la muerte, porque Dios toma partido por la vida.

En estos días del triduo pascual en que estamos celebrando al Resucitado, hemos seguido mirando al Crucificado, porque la muerte sigue presente en nuestro mundo y la pasión es una realidad para tantos hermanos. Pero las llagas de Cristo, que en el Resucitado no desaparecen, están penetradas de luz, han sido transfiguradas por el triunfo de la Resurrección. Así es nuestra realidad: en medio de las llagas y heridas de tantos hermanos y de nuestra historia, hay también realidades transfiguradas, traspasadas de amor, de compromiso, de servicio, de lucha por la justicia y la paz. Es el bien que hacen tantos hermanos y es el amor de Dios en el cual vivimos, somos y existimos. Por eso, no desesperamos. ¡Muerte, has sido vencida, ya no nos puede dominar para siempre!

En el evangelio de hoy, capítulo 16 de san Marcos, los actores relevantes son las mujeres, las discípulas del Señor: María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, que van al sepulcro para ungir a Jesús. Podemos ver en ellas dos actitudes de vida y de fe, una buena y otra mala, como mostrando la ambigüedad o las incoherencias propias de quienes seguimos al Señor:

- La actitud buena: le tienen cariño a Jesús y por eso van a ungir su cuerpo, no lo dejan abandonado. Y al disponerse a esa tarea, muestran una actitud positiva y de lucha frente a las dificultades de la vida, no se quedan en pesimismo o en un espíritu de derrota. Saben que al ir al sepulcro se encontrarán con un problema grande, la piedra que cierra el sepulcro, y se preguntan: “¿quién nos correrá la piedra?”. Pero de todos modos van, no se paralizan.

Ante las dificultades, a veces retrocedemos, nos paralizamos, nos quedamos en una actitud cómoda, y terminamos por hacer “nada”. En nuestros múltiples compromisos, y en la misión de la Iglesia, a veces ni siquiera partimos, rehuimos los desafíos muchas veces urgentes encerrándonos en el individualismo y la comodidad. Las mujeres del evangelio nos enseñan a emprender la lucha, y “atreverse” a actuar ya es importante, porque es el camino que nos llevará a sembrar el bien, a hacer comunidad. Si nos atrevemos y “vamos a la pelea”, hacemos posible que Dios trabaje y manifieste su vida, y así la vida triunfe sobre la muerte.

- La actitud mala, es que las mujeres muestran al final una actitud decepcionante. El ángel que está en el sepulcro las envía en misión, deben ir donde los discípulos para anunciar que el Resucitado los esperará en Galilea. ¿Y qué pasa? “No dijeron nada a nadie”, dice el evangelio, lo que resulta insólito después de la Buena Noticia que han recibido.

No hay duda de que san Marcos nos está hablando a nosotros, a los discípulos actuales de Jesús. Nos está planteando un desafío: ¿Vas a quedarte inmóvil, sin decir nada, como esas mujeres?

El desafío actual y de siempre de la Iglesia es la evangelización. Nos quejamos a menudo de que las cosas no son como antes, de que la cultura ha cambiado tanto, que la iglesia no tiene el vigor de antaño. Pero la palabra de Dios nos lanza a nosotros el desafío: ¿Te vas a quedar en tus miedos?

Quizás una característica de la Iglesia de hoy, de nosotros como cristianos, es el miedo: miedo a la adversidad, miedo al qué dirán, miedo a la crítica, miedo a dar testimonio explícito de nuestra fe, miedo a tener posturas de vida distintas a la mayoría o a la opinión dominante, miedo porque nos enrostrarán el escándalo de los abusos, que obviamente nos avergüenza. Miedo también a perder la comodidad y a perder los espacios de autonomía, porque el anuncio de la buena nueva supone compromiso, hacer comunidad con otros, entregar tiempo y energía a la misión del reino de Dios. Ellas, las discípulas, “no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo”, y el Señor nos pregunta a nosotros hoy día, a la Iglesia: ¿Te vas a quedar enredada y encerrada en tus miedos?

Jesús Resucitado convoca a sus discípulos a Galilea, donde los llamó la primera vez, donde los invitó a la misión del Reino con ese “ven y sígueme”. Hoy el Señor Resucitado nos llama también a Galilea, el lugar del primer amor, para empezar de nuevo, para retomar la misión, para seguir con alegría sus pasos. Y no nos deja solos, porque él está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo.